

ASUNCIÓN DE MARÍA A LOS CIELOS

15 de agosto de 1999.

Lucas 1, 39-56

El encuentro personal y fraterno. Cada Fiesta de la Santísima Virgen abre un espacio de encuentro fraterno entre quienes la sienten Madre y Señora. Corrientes es considerada como tierra de María, en su venerable advocación de Itatí. Hoy celebramos su Asunción a los Cielos. Quien siguió a Jesús tan estrecha e íntimamente gozó del privilegio de pregonar, anticipándose a nosotros, el fruto de la Resurrección. Su sacro cuerpo, como el de su divino Hijo, goza de la vida para siempre, a la que estamos todos destinados por los méritos de nuestro Redentor. Nuestra devoción mariana aproxima las virtudes de la Virgen a nuestra vida corriente. No es el momento de abrumarnos con el peso, a veces insoportable, de tantas miserias y errores. El llamado evangélico a la confianza, en el poder misericordioso de Jesucristo, constituye una promesa firme, que enfrenta los graves inconvenientes de la hora. A medida que avanzamos en el proceso saludable del autoexamen comprobamos las pocas fuerzas que nos quedan. El origen de una perspectiva tan poco alentadora está en el desgaste de relaciones personales, sacudidas por desavenencias profundas, que obstaculizan cualquier intento de diálogo constructivo. Nos juntamos pero no nos unimos. Programamos reuniones y más reuniones y, cada cual vuelve a su casa sin haber modificado su posición inicial, o

con una nueva desilusión. María, en este admirable pasaje evangélico de San Lucas, muestra cómo debe ser el encuentro entre las personas. Isabel reconoce, movida interiormente por el Espíritu, el advenimiento del Salvador en el cuerpecito joven de su parienta María. No la mueve más que la Verdad y, ante ella, se inclina humildemente, sin considerar ultrajante que la mediación misteriosamente elegida sea la juventud radiante y dulce de la pequeña hija de Ana y Joaquín.

Encuentro y acuerdo. María representa al hermano que, con sus peculiares modos de decir lo que piensa, solicita que sus otros hermanos adopten la actitud sabia de Isabel que, movida por el Espíritu, reconoce la presencia de la Verdad. En el encuentro de María e Isabel se produce el amor hecho servicio y la misteriosa aparición del Precursor. Del mismo modo que, en el encuentro de María con el Arcángel Gabriel, se había producido el diálogo satisfactorio que concluyó con el consentimiento humilde de la Virgen y la Encarnación del Verbo de Dios. El encuentro verdadero produce un fruto que se diferencia de las partes, es el ACUERDO. Cuando no existe este último, no ha habido encuentro real, auténticamente humano. Cuando exhortamos al diálogo es el encuentro fecundo el que proponemos. Su consecuencia debe ser el acuerdo que todos, con verdadera abnegación, tendrán que respetar. El encuentro entre los correntinos, que María inspira, es conveniente que florezca en saludables decisiones, capaces de modificar situaciones

críticas, como las que aún persisten. Esta Fiesta es encuentro popular, relación entre las personas que, como consecuencia, exige frutos de fraternidad. ¿Se podrá esperar que los sectores afectados y el gobierno perfeccionen su encuentro y diálogo para lograr concertar un acuerdo que devuelva la paz a la comunidad? Estimo que sí. Después de tantas experiencias dolorosas, de incertidumbres y de esfuerzos por hallar el camino de la reconciliación y de la verdad, quiero pensar que el encuentro de todos, y el ACUERDO, deben prevalecer. Basta ponerse a dialogar con humildad, transparencia y profundo amor al pueblo que sufre y espera.

Interesadas interpretaciones. María, Madre tierna, alivia el dolor de sus hijos heridos con el bálsamo suave y fuerte de la verdad. Desde la palabra de la fe, que ella guarda en su corazón para el servicio y la contemplación, es preciso iluminar el acontecimiento vivido y, como consecuencia, abandonar los intereses mezquinos, opuestos al bien común. El Evangelio es exigente, provoca escozor en las conciencias y, como consecuencia inevitable, no suscita adhesión unánime, ni en su comprensión ni en la conveniente aplicación de sus principios. El Magisterio de la Iglesia está garantizado por la promesa de Jesús que se cumple, con exactitud, desde el día de Pentecostés. No es la ciencia humana, respetable en los márgenes obvios de sus posibilidades, sino el Espíritu Santo Quien aleja todo error en la proclamación e interpretación de la palabra de Dios.

Para entenderlo es menester el don sobrenatural de la fe. No se puede leer o escuchar el Evangelio de Cristo sin fe; se lo entenderá fuera de su propio espíritu y, por tanto, torciendo peligrosamente su sentido verdadero. El *lenguaje común* requerido proviene de la fe y constituye la clave cierta de su interpretación. Los mismos gestos de la Iglesia, en verdadera comunión entre laicos y pastores, necesitan ser evaluados desde la fe que los ha inspirado. Desde el primer momento, en nombre de la Iglesia, he procurado acompañar, como Pastor, a los sectores más lastimados por esta crisis, sin discriminar a nadie. Basta leer la extensa producción de alocuciones, homilías y declaraciones que, ex profeso, ha incluido a todo el pueblo afligido por la pobreza y la injusticia. Dudé si debía replicar a ciertas críticas, bien enfundadas en un discurso correcto. San Pablo lo ha hecho ante la maledicencia, instalada en aquellas primitivas comunidades cristianas, que afectaba a la sinceridad de su ministerio apostólico. Ser Pastor de todos no significa presionar la balanza en favor de unos y desproteger a otros. El equilibrio y la verdad caracterizan toda auténtica actividad pastoral.

Buenos oyentes y buenos creyentes. Es preciso buscar la verdad y respetarla puntualmente. Para ello, mi exhortación pastoral se refirió, desde los orígenes, a inaugurar un diálogo y continuarlo hasta sus últimas consecuencias. Es el único sendero que conduce a reconstruir la cordialidad necesaria para hallar soluciones

adecuadas y eficaces. Como consecuencia, los hombres y mujeres de buena voluntad, aportarán sus capacidades políticas y técnicas para concretar dichas soluciones. El bien común lo reclama con urgencia. El encuentro de María con su prima Isabel ofrece elementos necesarios para estimular y lograr un encuentro auténtico entre los miembros de una comunidad. Pero, más allá de inteligentes consideraciones, están las actitudes de ambas santas mujeres. Admirable es el reconocimiento de Isabel. No es común entre las personas, que vemos a diario, la honestidad manifestada por ella. Su hijo santo, Precursor de Jesús, dará el mismo y asombroso testimonio de humildad, y de fidelidad a la Verdad, cuando compruebe que el momento de desaparecer ha llegado. María, con una naturalidad sin sombras, reconoce lo que ha obrado el Señor en ella, y declara que su pequeñez es muy grande. De esta manera pondera la sublimidad de lo que es considerado, por la mayoría, pobre e inútil. El Señor restablece la justicia humillando a los soberbios y enalteciendo a los humildes. Es su manera de comportarse en relación con los hombres, revelando, de esa manera, los auténticos valores. No se favorece, desde la palabra divina, la depresión psicológica ni la injusticia generadora de una pobreza que está muy lejos de ser evangélica. Es la virtud, condición para la auténtica sabiduría, la que se promueve y ejemplariza en el comportamiento de esta Santísima Mujer. Lo mismo aparecerá en la vida temporal de Jesús y en sus fieles seguidores.

Verdades olvidadas. Al celebrar la Fiesta de la Asunción de María tenemos la oportunidad de comprobar lo que Dios hace en los santos, e intenta hacer en nosotros. Nuestras reflexiones anteriores, inspiradas en el Evangelio litúrgicamente escuchado, y en la realidad que nos cuestiona y aflige, han desplegado un abanico de verdades que, quizás, teníamos olvidadas. La prueba de ese olvido es la complejidad, y hasta animadversión, que su mención causa en muchos. Para ser buenos creyentes será preciso haber sido buenos oyentes de la Palabra. Oír a Dios, que nos dice lo que piensa, es imprescindible para tener fe, y hacer, de la misma, un comportamiento humano que modifique saludablemente la vida social. Llevar la fe a la vida cotidiana no es convertir la calle en un templo. Es la historia la que debe adquirir las dimensiones de un templo desde el cual se ofrezca al Padre la oblación de una vida obediente a su Verdad. María vuelca en nuestro corazón el contenido profético de su *Magnificat*. Recibámoslo imitando su humilde sumisión.